



CRISIS SISTÈMICA

y teorías sociológicas

*Marco Antonio Vélez Vélez,
Profesor titular Departamento de Sociología
Universidad de Antioquia.*

¿Cómo no pensar que el actual es un tiempo de crisis social profunda? Al parecer estamos enfrentados a una de las clásicas crisis económicas, sistémicas de la economía capitalista. La burbuja financiera de 2008 arrastró a los Estados Unidos y países de la Unión Europea, casos España, Grecia, Portugal, Irlanda, Italia. Diríamos en una versión marxista del asunto, que la sociedad capitalista se alimenta de sus estados de crisis recurrentes, que se repiten con la inevitabilidad casi de los hechos naturales. Y, efectivamente, Marx habló de un ciclo económico que por lo menos cada diez años llevaba a las economías capitalistas al derrumbe y a la destrucción de inmensas riquezas. Crisis de sobre producción determinadas por la lógica del capitalismo de industria. Hoy la crisis presenta las características del crecimiento irracional, sin controles del capital financiero. La especulación con los papeles asociados a la construcción inmobiliaria, generaron una distorsión de la economía ficticia aupada por el capital rentístico.

A comienzos del pasado siglo, el economista ruso kondratief enunció ciclos de crecimiento y decadencia de larga duración, hablaba de series de 25 años de auge o de decadencia, con subciclos, según las tendencias de la economía. Más recientemente, el sociólogo norteamericano

Wallerstein ha retomado el fenómeno de la crisis sistémica, poniéndola en perspectiva de la saturación de la lógica del capital, anunciando la decadencia de la economía capitalista de los Estados Unidos, en un período que para él duraría unos 50 años. Como se ve para la sociología, el asunto de la crisis sistémica del capitalismo no ha sido algo nuevo, y se reiteraría con el actual fenómeno de la burbuja financiera.

“La sociedad capitalista se alimenta de sus estados de crisis recurrentes, que se repiten con la inevitabilidad casi de los hechos naturales”

Sin embargo, no se trata de una crisis definitiva o última del sistema capitalista mundial aunque podamos hablar de una bifurcación estructural, como postula Wallerstein. Las posibilidades de recuperación económica han reaparecido. Los Estados Unidos han consolidado su autosuficiencia energética, con los descubrimientos del gas de esquisto, que si bien son ecológicamente letales, permiten al país del Norte no depender de fuentes energéticas externas.

Los países europeos, marchan, igualmente, por la vía de la recuperación económica, apenas esbozada, pero lo peor del panorama ha pasado. No es posible subestimar la capacidad de movilidad, extensión y recuperación de la dinámica del capital. Esta dinámica, hoy asociada a los desarrollos tecnológicos se ha puesto en evidencia en la actual crisis. La investigación, el desarrollo, la innovación se han convertido en auténticos leitmotivos para la movilidad del capitalismo como sistema. El colapso económico no fue inminente y las economías avanzadas de Europa optaron, encabezadas por la locomotora alemana, por medidas de austeridad, aun a riesgo de detener el crecimiento económico. Alemania fue el líder europeo de la recuperación al

imponer límites a los países que optaron por el rescate económico, como fue patente en el caso griego. Grecia recibió aportes extraordinarios de la Unión Europea y logró sobreaguar su economía. El rescate lo pagaron con desempleo y reducción de salarios para los trabajadores, lo cual ha sido una norma desde que se recuerdan crisis capitalistas.

La crisis económica dejó un legado de bancarota para entidades financieras de primer nivel y de gran tradición, Lehman Brothers, fue una muestra palmaria de los efectos disolventes de la crisis, que siempre desde los orígenes del capitalismo, ha dejado sus damnificados que por lo regular eran pequeñas y medianas empresas sin gran poder de apalancamiento.

En la reciente crisis fueron grandes tiburones financieros los que fenecieron en la competencia intercapitalista. Hubo países en los cuales la debacle fue de proporciones mayúsculas: caso Islandia. En general, el fantasma de la crisis sistémica asedió el sueño de los partícipes del festín del capital. Para América Latina, el rostro de la crisis tuvo su lado positivo, coincidió con un auge de las commodities, por la demanda incrementada de materias primas por parte de los países asiáticos en vías de un desarrollo acelerado, hablamos de la China y la India. Se llegó a mencionar el tema de la década latinoamericana. Aunque hoy la euforia es menor por los efectos de la crisis, no dejaron indemnes a los gigantes asiáticos y la demanda de bienes primarios ha caído. Lo que no obstó para que los países ligados a la lógica del bloque de Asia pacífico, en la Alianza Pacífico, como Chile, México, Perú y Colombia experimentaran niveles de crecimiento importante y buscaran relanzar este acuerdo de integración.

Pero hay otro rostro de la crisis actual que no puede ser dejado de lado. La crisis tendría un carácter civilizatorio, sería la expresión de la saturación de los valores de la modernidad

occidental, que ya no darían salida a la dinámica renovada de las sociedades. Así lo piensa el sociólogo francés Michel Maffesoli. Aunque sus escritos se presentan bajo la denominación de posmodernismo, su diagnóstico sobre la crisis civilizatoria, no puede ser subestimado. Es tanta la crisis de la idea de progreso y de crecimiento, como la puesta en cuestión de los valores centro de la modernidad, como la racionalidad, el trabajo en tanto fuente de riqueza, el activismo modernista, la perspectiva finalista propia del mundo moderno, que pareciera que para las masas contemporáneas, para el individuo de la actualidad, estos grandes referentes hubiesen quedado perimidos, superados, dejados atrás por el tren de la nueva época. Y aunque ya hoy, pocos hablan de posmodernismo, creen que es un concepto superado, propio de otro momento del debate sociológico y político, no podemos descartar lo dicho por Maffesoli.

El productivismo capitalista no mueve hoy a las sociedades, por más que haya crecimiento económico y los índices y los indicadores sigan asediando el sueño de los políticos. No es valor central en términos de grupos y de ciudadanos. Cada vez más el habitante de las grandes urbes piensa en los efectos deletéreos del productivismo a ultranza sobre el entorno ecológico. La relación con la naturaleza tiende a replantearse sobre la base de poner en cuestión el desaforado crecimiento y el agotamiento de los llamados recursos que extraemos de la naturaleza. Un futuro cargado con la expectativa de la robotización de la producción y la inteligencia de las máquinas, pone en juego una visión nueva sobre el trabajo y la relación con lo otro. Toni Negri, ha llegado a poner en duda la vigencia de la ya clásica ley del valor, en un entorno capitalista posmoderno (Negri:2006). El obrerismo ya no es el leitmotiv de las luchas sociales, pues, la clase obrera ha perdido centralidad en las luchas. Nadie parece vislumbrar al proletariado como eje de las transformaciones sociales. El trabajador del conocimiento es la figura más representativa del nuevo entorno tecnologizado y maquínico.

La razón y la racionalidad son cada vez menos invocadas como fuentes únicas de la acción social. Las lógicas de lo imaginario, la proliferación de las imágenes, las fuerzas imaginables actuando tras los grupos sociales han dejado fuera de juego a la sacrosanta razón. Lo que no significa en una versión polar de la vida social que se reivindique el irracionalismo. Solo que como ya lo habían denunciado los teóricos de la Escuela de Francfort, la razón instrumental ha reducido el mundo a la unilateralidad de la relación técnica-industrial y a los efectos nefastos de la ciudad que no tiene fines coherentes, solo tiene como opción ab solutizar los medios, en este caso los medios tecnológicos y, más precisamente, las tecnologías de la comunicación. El imaginario posmoderno está cargado de juvenilización, presentismo, culto de la corporalidad, euforias de la instantaneidad sin finalidad, fiesta y carnaval como expresiones del gasto puro, en el sentido de Bataille, consumismo sin consumación. Estos son los signos de la cultura posmoderna de crisis. Esos signos deben ser interpretados y puestos en perspectiva de la que denominábamos entropía civilizatoria.

El productivismo capitalista no mueve hoy a las sociedades, por más que haya crecimiento económico y los índices y los indicadores sigan asediando el sueño de los políticos

NUEVAS LUCHAS, NUEVOS ESCENARIOS

El panorama de crisis descrito, no ha dejado vacío el escenario de luchas y contestaciones a la crisis evidenciada. Las respuestas han sido disímiles, pero han mostrado un rostro renovado de la acción colectiva como desafío a la imposición social de modelos de realidad y a la pretensión de descargar la crisis sobre la espalda de los más débiles, de

los subalternos. Las respuestas han querido ser imaginativas, puntuales, no finalizadas en el sentido de no apuntar a grandes utopías sociales, han sido reivindicativas de la dignidad de los partícipes. La efervescencia moral las ha caracterizado. Incluso el nombre de indignados ha recorrido el planeta como consigna de algunas de estas luchas. La indignación como expresión moral de reproche a la injusticia de la lógica mafiosa, especulativa del sistema. Las masas han respondido el desafío de los especuladores financieros desde una alternativa moral. En el momento en que el capital muestra que su actual dinámica es el cinismo, los ciudadanos saben que su respuesta debe ser moral. La inmoralidad ambiental se le contesta con una moralidad situacional de la lucha.

Las “primaveras” que se han desatado producto de los movimientos sociales emergentes, primavera árabe, indignados españoles, ocupas gringos, estudiantes y campesinos latinoamericanos, nos muestran el envés de la crisis sistémica. Las grandes masas de los países en los cuales estos movimientos han emergido no parecen dispuestas a llevar sobre sus hombros los efectos de la crisis del capital financiero mundial. En el Norte de África, en España, en Grecia, en los países latinoamericanos los movimientos de masas, los ciudadanos, salen a las calles a enfrentar la pretensión de ser las víctimas de la debacle del sistema-mundo. Son luchas parciales, localizadas, seguramente sin pretensiones de remover los cimientos del capitalismo, sus objetivos son más limitados: democracia, control sobre los tiburones de las finanzas, transparencia, lucha contra los corruptos y las cleptocracias. Lucha contra la lógica mafiosa de los poderes contemporáneos. Resistencia elemental en función de dignificar la vida. Es indigno soportar dictaduras seculares como en algunos países del Norte de África. Los ciudadanos salen a protestar, se toman las plazas públicas convocadas por las redes sociales, nueva forma de comunicación horizontal entre las personas. Acción comunicativa de gran

eficacia. No es sin embargo, tan claro que se logren estabilizar resultados permanentes favorables por parte de estos movimientos. Se conquistan libertades parciales, intersticiales, como diría Maffesoli (Maffesoli: 2004). O el logro es la búsqueda, no siempre exitosa de la democratización del poder, caso Egipto, no desdeñable cuando de derrocar tiranías se trata. Aunque las grandes mayorías terminen siendo neutralizadas en su pretensión de controlar los efectos devastadores de la economía y de su crisis. O los efectos de dominaciones seculares.

Históricamente, las crisis del sistema han posibilitado transformaciones políticas de envergadura, en el límite revoluciones. Pero, luego de la caída del “socialismo real”, las apuestas teleológicas tiene menos alternativas para convocar a una población descreída de grandes escenarios de cambio social. Obtener mejoras en necesidades básicas u obtener ganancias en derechos fundamentales, es suficiente para unas masas ciudadanas escépticas y no dispuestas a diferir para futuros inciertos sus fines y beneficios sociales.

El principio esperanza se ha condensado y presentificado. El gran rechazo revolucionario queda como salida última, como expectativa posible, pero no inmediatamente convocable por el ciudadano que resiste. El vacío simbólico que define al poder democrático no parece querer ser llenado por la ciudadanía. La incertidumbre de la democracia es aprovechada por otras fuerzas que usufructúan la capacidad de movilidad horizontal de las poblaciones. Lo que es importante tener en cuenta, es que la capacidad de movilidad política de las grandes masas de pobladores, no se ha desactivado. Sus luchas son hoy más comunicacionales, descentralizadas, en red, más festivas y menos convocantes de utopías de largo aliento.

LA SOCIOLOGÍA HOY: ¿ES POSIBLE ABRIR NUEVAS VÍAS PARA LAS SOCIEDADES, MÁS ALLÁ DE LA CRISIS SISTÉMICA?

Pero las preguntas que este escrito no quiere dejar esbozadas, abiertas, son: ¿cuál es el papel de la sociología como disciplina frente a la crisis contemporánea?, ¿qué pueden decirnos las teorías sociológicas como iluminación frente a un presente caótico y anómico?, ¿los sociólogos de la tradición pueden decirnos algo hoy, para el mundo posmoderno?, ¿se requiere entonces de un nuevo teorizar desde la sociología para el abordaje de lo contemporáneo? Las respuestas a estas preguntas son complejas, multivocas. Los sociólogos de la tradición tienen aún mucho que decirnos sobre la realidad social contemporánea. Mucho, en tanto decíamos que para los clásicos de la sociología, la crisis económica y social forma parte de la sociedad capitalista y de su dinámica de modernidad. Marx, pensó la crisis desde los referentes de la economía capitalista y sus efectos en una posible crisis política revolucionaria. Pudo haber sobreestimado la capacidad de recuperación y de innovación de la economía capitalista y sobreestimó quizá la capacidad de acción revolucionaria del proletariado industrial del siglo XIX, pero no por ello es descartable todo aquello que enunció sobre el carácter contradictorio de la modernidad capitalista.

La convergencia entre razón y revolución no se dio según lo pensaba Marx en un plazo inmediato. La ratio se expresaba desde la teoría de Marx sobre el colapso posible de la economía capitalista, colapso que implicaba por necesidad la acción del sujeto revolucionario, los obreros. Esta convergencia, finalmente, se realizó en el siglo XX, como unidad entre la ratio del partido que encarnaba la teoría y las urgencias del movimiento de masas en Rusia, China y otras latitudes. Pero la construcción del socialismo en estas y otras naciones no logro romper el molde de formas de poder

burocrático renovado. El marxismo enfrentó así su propia crisis de realizaciones y la teoría de la nueva sociedad no quedó indemne. Pero ha quedado en pie su poder como analítica del capitalismo y sus nuevas formas.

Otro clásico, Weber, asumió la crisis desde la caída del sistema capitalista en procesos de racionalización cada vez más fríos y unilaterales. La ética del capitalismo original dejó de alimentar el monstruo frío del cálculo racional de los agentes. Estos fueron a grandes trazos los diagnósticos de los clásicos sobre lo que pasaba en el entorno del sistema-mundo del capital. Lo poco de la respuesta de la teoría sociológica, tendría que ver con la imposibilidad en un ámbito de incertidumbre sistémica de dar salidas sociales a la crisis vivida. La teoría anda a rastras de los movimientos y las dinámicas de la sociedad presente. Y no porque ella pueda ser una opción salvífica, más bien porque podría brindar pautas y orientaciones a aquellos que luchan espontáneamente contra la crisis económica, ecológica y la crisis de sentido social y cultural. Weber avizó un futuro de burocratización de las organizaciones del capital, parte de este diagnóstico se cumplió, por lo menos durante gran parte del pasado siglo. Sin embargo, hoy, las organizaciones en el seno del capitalismo reclaman la horizontalidad, la comunicación en red, la descentralización, las lógicas de lo cualitativo y han pretendido superar el burocratismo de antaño.

Por otro lado, los teóricos contemporáneos de la sociología nos brindan algunos diagnósticos que no pueden, sin embargo, ser desestimados. Wallerstein, enuncia una bifurcación sistémica cuyo resultado es incierto. Dentro de dicha bifurcación, la caída del predominio y hegemonía norteamericana es una variable importante. Es una bifurcación estructural que redefinirá al sistema-mundo mismo. Habría que apostarle en su sentir a impulsar movimientos antisistémicos que orienten la incertidumbre por caminos de avance en la construc-

ción de nuevas alternativas de socialidad. Wallerstein ha inventariado diversas propuestas antisistémicas, unas articuladas a la vieja izquierda, otras apostando por una renovación de la izquierda; momentos los hubo para las organizaciones no gubernamentales; los altermundistas fueron otra ruta ensayada en las luchas sociales y más recientemente: indignados, ocupas, movimientos estudiantiles. Expresiones sociales y políticas que han buscado poner en jaque la dinámica capitalista dominante. Una utopística social de largo aliento, con opciones de socialismo renovadas emerge de sus diagnósticos.

Michel Maffesoli, enuncia sistemáticamente, la crisis civilizatoria sin alternativas en lo macro. Una situación de saturación de valores de la modernidad. Reconoce además, la vigencia de un nuevo ambiente y de una sensibilidad posmoderna. Como opción de presente utópico formula las “zonas de autonomía temporal”. Lugares de libertades fragmentadas y huidizas, no finalizadas. Se propone construir, según su sentir, espacios para libertades intersticiales y no para utopías holísticas. La crisis lo es de los grandes temas que movieron a la modernidad, racionalidad, activismo, productivismo, finalismo, todos apuntando a una sociedad mejor y perfectible. Su desconfianza como posmodernista lo lleva a situarse en un presentismo trágico y dionisiaco. Solo el aquí y el ahora pueden invocarse como recursos de la socialidad posmoderna, nómada y tribal. Lo posmoderno en tanto juntara de lo arcaico y lo tecnológico produce una nueva forma de lo social. Una socialidad presidida por las efervescencias de lo imaginario y del sentimiento renovado del estar-juntos vitalista.

Un teórico tan plural disciplinarmente como Edgar Morin, optaría por la construcción de una salida ecológica de la crisis, al promocionar estilos de vida civilizatorios, más racionales y respetuosos de los ambientes natural y social. En su reciente texto *La vía*, es clara esta salida que

invoca una política ecológica de la humanidad. Dice, Morin: "Para ir hacia la metamorfosis, es preciso cambiar de vía. Pero si bien parece posible modificar ciertas trayectorias y corregir ciertos males, no podemos ni siquiera frenar la ola técnico-científico-económica y de civilización que está llevando a nuestro planeta al desastre." (Morin, 2011:33). El pensador de la complejidad asume que que solo mostrando las múltiples dimensiones de la crisis podremos apostarle a una vía para su superación. La crisis es múltiple, de la idea de desarrollo, de la racionalidad iluminista, de la opción productivista, de las metas sociales holísticas, de la articulación ciencia-técnica-industria. La conjunción de una política de la humanidad y una política civilizatoria, podría sacarnos del escenario de derrumbe que se abre en la contemporaneidad.

El diagnóstico de Bauman sobre una modernidad líquida, flexibilizante y con carácter ambivalente daría para pensar en opciones que pongan en cuestión este modo de vida, líquido, en forma de mosaico, con identidades que se fragmentan y que por contrarréplica pueden movernos hacia una estetización de las formas de vida. Pienso el su texto *El arte de la vida*, en cual enuncia lo siguiente: "Practicar el arte de la vida, hacer de la propia vida una "obra de arte", equivale en nuestro mundo moderno líquido a permanecer en un estado de transformación permanente, a redefinirse perpetuamente transformándose (o al menos intentándolo), en alguien distinto del se ha sido hasta ahora." (Bauman, 2008:92). El cauce de la crisis y su resolución entra en el campo de la incertidumbre que se vuelve categoría sociológica central, para caracterizar la contemporaneidad. Como lo son otras categorías viables para pensar el presente: fragmentación, individuación, identificación, simulación. Bauman invoca más las políticas de la vida, aquellas cercanas al sujeto y su liberación micropolítica que las políticas de la emancipación de cuño clásico.

Pero en principio, los teóricos de la sociología no nos dejan huérfanos de interpretaciones y de posibles salidas, más micro-sociales y micro-políticas, quizá para el mundo actual se reconfigura el mundo del trabajo, el mundo de las identidades, el sentimiento de comunidad, las formas del poder, hoy entendidas como sinópticas y ya no panópticas. Poder que posibilita que lo privado banal se lleve al

primer plano de la escena de lo público. Quizá sería más pertinente pensar que lo panóptico y lo sinóptico se refuerzan como estrategias de poder. Para el autor polaco, no hay sin embargo un más allá de la socialidad líquida, el recurso de la estetización de la vida es una salida última que le sale al paso al biopoder contemporáneo. Las políticas de emancipación no parecen dar cuenta del nuevo escenario de la metamorfosis social.

Para no dejar de lado teóricos que remiten a la tradición de la Teoría Crítica en sociología, recordemos textos fundamentales del Habermas de las décadas de los ochenta y noventa del siglo xx, en los cuales sustentaba la exigencia de recomposición de la sociedad capitalista bajo los parámetros de una racionalidad, nueva, comunicativa, en ruptura con la racionalidad instrumental de la modernidad. Y dejaba en claro que su concepción del Estado de derecho fundado en la soberanía popular y la radicalización de la democracia, era el nuevo referente crítico para el mundo de la modernidad tardía. Solo que estas concepciones lo situaban por fuera de los parámetros clásicos de la crítica que exigía, en sus mentores (Adorno, Horkheimer), el dejar de lado, el romper con la lógica de la modernidad capitalista. Aquí, en este formato habermasiano, la crítica teórica no demanda con urgencia una praxis transformadora. Parecen soltarse así en él, las amarras, de la consustancialidad teoría-práctica defendida por el marxismo clásico.

Según estas perspectivas, en particular aquellas que se reconcilian con el presente de la modernidad tardía, se daría una discontinuidad teoría-práctica. La teoría sociológica parecería girar sobre un eje de autorreferencialidad, sin

Cuál es el papel de la sociología como disciplina frente a la crisis contemporánea?, ¿qué pueden decirnos las teorías sociológicas como iluminación frente a un presente caótico y anómico?, ¿los sociólogos de la tradición pueden decirnos algo hoy, para el mundo posmoderno?, ¿se requiere entonces de un nuevo teorizar desde la sociología para el abordaje de lo contemporáneo?

sustrato social en el cual asentarse. Teoría sin referente social. La sociedad misma como objeto de indagación tiende a disolverse según otros -ver los análisis de Touraine-. El mundo contemporáneo flotaría así en las aguas de la economía desbordada en el culto al mercado y la construcción de sí y de los imperativos identitarios. Pero ya no hay un cemento social que aglutine los fragmentos dispersos de lo social. Mundo del simulacro y la simulación dirán otros, en el cual no hay original al cual remitirse, todo queda inmerso en las copias de copias, en un teatro del mundo (Perniola,2001). Sin embargo, y para no abrir espacio al desaliento, el poder de la teoría sociológica como diagnóstico de la crisis social sistémica permanece vigente. Hoy - como ayer desde los clásicos-, los sociólogos pueden invocar conceptos analíticos que dan cuenta de la metamorfosis de lo social, sin dejar de tender las redes de las alternativas a la crisis. Quizá se piense menos en opciones hacia el Gran Rechazo, pero no por ello podemos dejar sin fuerza los recursos sociológicos de la teoría, hacia políticas de la vida en ruptura con las formas de biopoder y de la biopolítica contemporáneos. El poder se articula ahora sobre los cuerpos y subjetividades, sobre la vida de todos los días y allí emerge la teoría sociológica como espacio de puesta en cuestión, de señalamiento de nuevas vías, de lucha por nuevas subjetividades y nuevas formas de subjetivación.

BIBLIOGRAFÍA:

- Bauman, Zygmunt (2008). El arte de la vida. Barcelona, Paidós.
- (2008). Modernidad líquida. Buenos Aires: FCE.
- Maffesoli, Michel (2004). La transfiguración de lo político. México, Herder.
- Morin, Edgar (2011). La vía. Para el futuro de la humanidad. Barcelona, Paidós.
- Negri, Toni (2006). La fábrica de porcelana. Barcelona, Paidós.
- Perniola, Mario (2011). La sociedad de los simulacros. Buenos Aires: Amorrortu.
- Wieviorka, Michel (comp.) (2009). Otro mundo. Buenos Aires: FCE.